

Relatos breves

Danyiel Colin

Version: 13/08/2022

Sumario

1	Camino de setos	2
2	El cántaro calcinado	2
3	Por entre las corrientes doradas	3

1 Camino de setos

Sintiendo cómo el aire se escurría por entre las hojas, escabulléndose en aquellos corredores verdes, caminaba ella y pensaba en la felicidad de estar en un día soleado bajo la sombra de una nube. ¿Cuánto tiempo caminando? *"Eso es algo que ya no sé"*, pensó para sus adentros. Observó la rebelión del cirro, que extendía sus alas y se libraba de las cadenas, de la torre de su encierro. Y los cúmulos de cruzados níveos tratando de regresarlo al nadir. Nubes belicosas, enfrascadas en su celeste juego.

Al bajar los ojos, mira las paredes de imperiosos setos que la rodeaban. Pensó para sí: *"¿Quién sino un enano podría correr por entre sus raíces?"* El camino que la confundía en sus remolinos de sin salidas, de puentes, pasadizos y todos verdes. El jardinero maestro, quien había puesto en cada esquina árboles de cuyas ramas pendían manzanas para alimentar al caminante confundido, era un hombrecito diminuto. Corría sigiloso por entre el entramado vegetal, cuidando su precioso jardín. Velando porque ni una sola caléndula feneciese sin razón. Mientras ella se sentaba en flor de loto y alisaba su falda plisada, a lo lejos él perfumaba su andar con su puro de mariguana. ¿Tendría confines este paraíso que la aprisionaba con sus verdes brazos? "No, brazos no, son tentáculos" dijo en voz queda.

El humo se unía al viento en sus andares por entre las hojas, decorando con pétalos la tela de su regazo. Al encontrarla en uno de los callejones, el grisáceo humo la rodeó, se irguió formando con sus volutas un rostro y una barba. Ella observaba el cielo, no estaba dormida aún. En lo alto, las nubes seguían su disputa pero ya no era el sol el que brillaba, sino un relámpago el que cruzó por la bóveda celeste. La niebla subía, era el humo que lo cubría todo. Resistiendo por otro momento aquello que nublaba su vista creyó recordarlo: *"¿Será mi nombre Blancanieves?"*. Una fría gota cayó desde lo alto hasta su frente y su alma elevó el vuelo.

2 El cántaro calcinado

– "Son como rasguños sobre una pizarra, pero con timbre de gotas de lluvia."

Se recargó un poco más en la silla y siguió viendo tras la ven-

tana. Afuera estaba aún húmeda la calle, pero se combinaba con un hermoso tinte de alba. Convergía en la lejanía con la guarida de las escamas aladas. Tras él, se iba iluminado su repisa. La pupila celeste observaba su colección de porcelana que, a pesar de estar quebrada y llena de tizne, conservaba sus hermosos colores.

– “Ni siquiera pude encender el agua para cocer el arroz. Me pregunto cómo llegó hasta aquí.”

Su teclado estaba demasiado sucio como para grabar siquiera un sencillo recuerdo. Había olvidado su antiguo oficio para ser ahora huesa, de la que se erguían tímidos retoños. Estos nunca habían oído el volcánico bramido. Le venía a su mente, ahora desnuda de cráneo, la imagen de hombres encorvados sobre sembradíos encharcados. Y decidió no quitar el renuevo. Decidió dejar que el verde se nutriera de tierra entre las teclas negras.

– “Al menos puedo sentir como un calor, una cálida caricia frente al amanecer.”

En el noveno piso, el de las ventanas quebradas y pasillos vacíos, se pasea una tranquilidad descarnada. Intenta removerse las sábanas de encima, rasgar una uterina bolsa para nacer de nuevo a lo tangible. Le hubiera gustado ver sus propios restos, como para convencerse de que estaba muerto. Pero ya no había mas que polvo. Cenizas de crematorio. Ahora sólo le queda la esperanza de hallar el cómo grabar memorias con sus espectrales dedos de gasa y retoñar él también.

– “¿Habrás tenido nombre el dragón?”

3 Por entre las corrientes doradas

Dos siluetas son las que caminan. Una lleva sombrero, la otra un bolso de algas tejidas. Sus pies descalzos dejan tenues huellas en el manto de hojas.

– “Quizás debí hacerte caso y traer el quinqué en lugar de esto. Había entonces un brillante sol. ¿Cómo lo iba a saber yo? En un momento se tornó de tinta. Es el cielo un calamar tan miedoso.”

– “Tal vez, pero entonces no podrías haberme prestado tu sombrero. Para cubrirme el rostro, para dormir apacible en aquel prado. Toma, llevo guardadas varias hogazas todavía. Siguen crujientes y aún les giran sus manecillas.”

– “¿Fue feliz tu sueño? Se me hace tan largo, es ya indistinto dormir de día o andar de noche. ¿Pudiste ver el fin de nuestro andar? Al menos las luciérnagas nadan fielmente a nuestro lado. Gracias ... por el tiempo.”

Imponentes torres los rodean, fumarolas marinas de cuyas humeantes volutas caen apacibles hojas. Hambre no es lo que tenía, ni siquiera real cansancio. Tan sólo la incertidumbre de si algún día llegarían. Saboreó el momento. Era su preferido, tenía pasas. Estaba endulzado con miel y había sido horneado a fuego lento. Alzó la mirada, miró a su costado. Tan oceánico abismo podía ser la noche.

– “Creo que olvidé el sueño. Pero era feliz pues mirábamos al unísono. Oh, era a través de la claraboya de un navío naufragado, que hacia el horizonte dirigíamos la mirada. A lo lejos un brillante recuerdo nos llamaba. Pero, no recuerdo más. ¿Acaso guardabas el vaivén de un péndulo en mi bolso?”

– “Si tan sólo pudiésemos regresar a la cabaña. Hornearíamos más de éstos y tendríamos con qué iluminar nuestro paso. Tendríamos con qué espantar este cobijo tan oscuro. Seríamos una relumbrante estrella, ignorante de las olas sobre nuestras cabezas. Quisiera ya llegar.”

– “¿Pero no ves que la vigilia no sería más que este dormir? Si hemos de cruzar que sea a paso quedo. Hollando la memoria con nuestro andar. Alimentando la esperanza con nuestras huellas. ¿No ves que tu dorado sombrero sostiene el rocío?”

Tanto han caminado que la luna está ahora a sus espaldas y una cornalina tienen entre sus manos.